

## CIENCIA, RELIGIÓN Y POESÍA EN EL HUMANISMO: BENITO ARIAS MONTANO

LUIS GÓMEZ CANSECO  
(Universidad de Huelva)

Las entelequias que santo Tomás de Aquino armó con piezas de la filosofía aristotélica, la patrística y una renovada teología católica sirvieron de pauta y alivio para simples creyentes y aun para gentes de ciencia durante no pocos siglos. Al fin y al cabo, la continuidad defendida entre la razón humana y la divina abría un puente firme y seguro desde el mundo de lo mensurable por medio de los sentidos y la inteligencia individual hasta el trasmundo inmensurable de lo no visible. El problema estaba en el papel secundario que, como *ancilla Theologiae*, se le reservaba a la ciencia y la filosofía humanas. Más allá del averroísmo medieval, la crisis que el sistema escolástico sufrió durante el Renacimiento se sostuvo en la evidencia de que los avances científicos chocaban de frente —y, con frecuencia, incluso contradecían— las supuestas verdades axiomáticas que los teólogos habían deducido a partir de los textos revelados y con el instrumento de la lógica aristotélica. La conclusión no podía ser otra: la razón humana no continuaba ni participaba de la razón divina.

El primer Renacimiento opuso como alternativa el platonismo, y su rastro se dejó sentir en los místicos y, sobre todo, en teólogos y escrituristas como fray Cipriano de la Huerca, catedrático de Biblia en Alcalá, o en escritores de la orden agustiniana, como fray Dionisio Vázquez, Pedro Malón de Chaide o fray Luis de León. No en vano los agustinos habían tenido como general a Egidio de Viterbo, uno de los principales seguidores de Marsilio Ficino y Pico della

Mirandola. Sin embargo, esa curiosa atención hacia los neoplatónicos, los textos herméticos o los tratados del pseudo-Dionisio tuvieron mucha más pervivencia en la literatura o en la teología que en la ciencia. Lo que verdaderamente triunfó en el ámbito científico fue un gesto derivado del platonismo como el escepticismo, que se convirtió en instrumento de criba y puesta en cuestión de la verdad incuestionable que significaba la Escolástica.

En buena medida, el nacimiento de una nueva ciencia tuvo su origen en la duda escéptica. Desde una perspectiva meramente filosófica, Pedro de Valencia, el más señalado de los discípulos de Benito Arias Montano, publicó en 1596 unas *Academica sive de iudicio erga verum* en la que optaba por una suerte de suspensión escéptica del juicio, que ya resultaba tremenda para un creyente como Valencia: «Una vez examinadas todas las opiniones de todos y sopesada y reconsiderada la importancia de los argumentos, dado que, en lo referente a la comprensión y a la percepción, se daban razones de peso igual en pro y en contra de las cosas, se debía suspender el asentimiento como si se tratara de cosas, no percibidas, y debían elegirse los argumentos más probables»<sup>1</sup>. Tanta medida se pierde ya por completo en los escritos del médico Francisco Sánchez, que se publicaron póstumamente en 1636 y que se cerraban con un tratado titulado *De multum nobili et prima universali scientia quod nihil scitur*, esto es, 'De la muy noble y primera ciencia universal: que nada se sabe'. Sánchez, médico y profesor en Toulouse, negaba trascendencia alguna al conocimiento y lo limitaba a la acción de la mente y los sentidos individuales sobre la realidad, en contra de cualquier forma de principio de autoridad:

Yo sólo seguiré con la razón a la naturaleza sola. La autoridad manda creer; la razón demuestra las cosas; aquélla es apta para la fe; ésta para la ciencia. [...]

Sólo hay o podría haber una ciencia: la de la naturaleza de las cosas; por la cual todas ellas serían perfectamente conocidas: ya que una no puede ser conocida perfectamente sin todas las otras. Las ciencias que tenemos son vanidades, rapsodias, fragmentos de observaciones contradictorias; lo demás, imaginaciones, artificios, fantasías...<sup>2</sup>

Todavía en 1624, Pierre Gassendi escribió unas *Exercitationes paradoxicae adversus aristotelicos* y Descartes se mofaba en su *Discurso*, publicado en 1637, de los escolásticos que buscaban en Aristóteles «la solución a varias dificultades, de las cuales no habla y en las cuales acaso no pensó nunca»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Pedro de Valencia, *Academica sive de iudicio erga verum*, ed. J. Oroz, Badajoz: Diputación Provincial, 1987, pág. 159.

<sup>2</sup> Francisco Sánchez, *Que nada se sabe*, Madrid: Espasa-Calpe, 1972, págs. 54 y 77.

<sup>3</sup> René Descartes, *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1976, pág. 92.

A partir de ahí, los avances de la ciencia se hicieron irresistibles. La revolución marcada por las ideas copernicanas destruyó la antigua visión del cosmos. Por su parte, el descubrimiento y conocimiento progresivo de América dio lugar a una nueva idea de la botánica y la zoología, que desbordaba la de los textos griegos y latinos y que incluso no dudaba en hacer uso de la vivisección. Del mismo modo, los estudios anatómicos de Vesalio, el descubrimiento de la circulación de la sangre y el análisis de las reacciones químicas del cuerpo terminaron por crear una imagen distinta del propio ser humano. Por último, Descartes acabó por destruir las supuestas relaciones entre materia y metafísica, demostrando que el movimiento no tenía causa alguna ajena a la propia física, que la naturaleza no estaba compuesta de cuatro elementos indivisibles, sino de partículas, y que el cielo no era incorruptible, ni inmutable, sino que se regía por las mismas leyes del resto de la materia.

En España, sin embargo, esta revolución fue vista con recelo. Las universidades mantuvieron, salvo contadas excepciones, una actitud de desconocimiento, condena o desconfianza hacia la nueva ciencia, y se encastillaron en la autoridad de los escritores consagrados por la tradición: Pitágoras y Euclides, para las matemáticas y la geometría; Aristóteles y Plinio, para la filosofía natural; Arquímedes, para la mecánica; Ptolomeo, para la astronomía; y Galeno, para la medicina. Aun así, los primeros años de la Contrarreforma española dieron lugar a las observaciones astronómicas de Jerónimo Muñoz, a la participación de Pedro Chacón y Juan Salom en la reforma del calendario promovida por Gregorio XIII y al relanzamiento de los estudios geográficos y cartográficos y las relaciones sobre la naturaleza americana auspiciados por Felipe II. No obstante, una suerte de nuevo providencialismo invadió el pensamiento hispánico a finales del siglo XVI, que empezó a ver con ojos temerosos los estudios y los avances científicos. Prueba de ello son los índices expurgatorios que firmaron don Bernardo de Sandoval y Rojas en 1612 y el cardenal Antonio Zapata de Mendoza en 1632, donde los censores abrieron la veda de caza contra los tratados de ciencia<sup>4</sup>.

Éste es el paisaje intelectual en el que vivió, pensó y escribió Benito Arias Montano. Aunque haya pasado a la historia como el escriturista que se hizo cargo de coordinar los trabajos y editar la Biblia Políglota de Amberes con todo su aparato de erudición hebraica, Montano fue también un hombre ampliamente formado en matemáticas, medicina y astronomía, que llegó a enseñar esfera en el colegio del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que recibía con regularidad plantas y curiosidades procedentes de las Indias y que reunió durante

---

<sup>4</sup> Para un panorama general de la ciencia española de la época, *vid.* José López Piñero, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona: Labor, 1979; Juan Vernet, *Historia de la ciencia española*, Madrid: Alta Fulla, 1998; y Luis Gil Fernández, Luis Gómez Canseco *et al*, *La cultura española en la Edad Moderna. Historia de España*, vol. xv, Madrid: Istmo, 2004.

toda su vida un singular colección de conchas marinas<sup>5</sup>. En su primer libro, los *Rhetoricorum libri iv*, hace ya memoria de la afición que, desde joven, sintió por la ciencia y, en especial, por la astronomía, gracias a la instrucción paterna:

...así eran los [escritos] que antaño dibujaba el que me engendró; conservo en mi poder estos queridos recuerdos de mi padre, esas prendas ante las que pueden rendirse en nobles combates todos los libros que han salido de la imprenta. Los movimientos de los astros y las órbitas del cielo, cuando ya era él bastante anciano, los había puesto por escrito para mí, hermosísimos regalos para un hijo y labor más hermosa.<sup>6</sup>

Todavía se conserva una relación de libros, fechada en 1548, en la que da cuenta de su biblioteca de estudiante en la Universidad Complutense. A esa «Lista de los libros que tengo. Hízela el año 1548, a ocho de febrero, estando en el Colegio de San Ildephonso de la insigne Universidad de Alcalá», hay que añadir otra «Memoria de los libros que tengo», con fecha de 14 de marzo de 1553. Los ejemplares correspondientes a la sección «Libros de matemáticas» contienen no sólo textos propiamente matemáticos, sino también escritos sobre geografía y astronomía. Son nada menos que treinta y cuatro los tratados encuadernados en veinte volúmenes, donde se mezclan los conocimientos tradicionales con lo más novedoso de la nueva ciencia renacentista. Como ha subrayado Juan Gil, en la biblioteca del joven Montano aparecen geógrafos antiguos, como Estrabón, Pomponio Mela o Ptolomeo, junto a eruditos medievales, como Juan de Sacrobosco o Alfonso X, o modernos científicos, como Apiano, Henricus Glareanus, Purbachius o Gemma Frisius<sup>7</sup>. La lista que ofrece el propio Montano no deja de tener su interés<sup>8</sup>:

LIBROS DE MATHEMÁTICAS

1. La Geografía de Ptolomeo.
2. Estrabón.

---

<sup>5</sup> Sobre Montano y la ciencia, *vid.* J. Cobos Bueno y J. Vaquero Martínez, «Una aproximación a Arias Montano como científico», en *El humanismo extremeño. III*, Trujillo: Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, 1999, págs. 75-92.

<sup>6</sup> Unos versos más abajo aún añade: «...los mismísimos astros, sobre los que me dejó unos conocimientos admirables». Benito Arias Montano, *Rhetoricorum libri iv*, ed. V. Pérez Custodio, Badajoz: Diputación Provincial, 1984, págs. 280-81.

<sup>7</sup> *Cfr.* Juan Gil, *Arias Montano en su entorno (Bienes y herederos)*, Badajoz: Editora Regional Extremeña, 1998, págs. 52-3.

<sup>8</sup> Para el texto y la identificación de autores y ediciones, *vid.* Juan Gil, *op. cit.*, págs. 168-70. Puede verse asimismo el artículo de Antonio Rodríguez Moñino, «La biblioteca de Benito Arias Montano. Noticias y documentos para su reconstrucción», *Revista de Estudios Extremeños*, 3 (1928), págs. 555-98.

3. Pomponio Mela con el comentario de Vadiano.
4. Raphael Maffei Volaterranus.
5. La Cosmografía de Apiano.
6. *Tablas del rey Don Alphonso*.
7. G. Purbachius.
8. Un texto *De esphera* de Sacrobusto con el *Cómputo* de el mismo, un cuerpo.
9. *Esphera* de Oroncio y *De quadratura circuli* de el mismo, y el mismo sobre los seis primeros libros de Euclides y un *Tratado de Planetas* de Francisco Sarsoço y *Theoricas* de Juan Fernelio, todo en un cuerpo.
10. Euclides con Zamberto y Campano, de letra de Ervagian. *Astrolabio* de Estoflerino, y con él las *Parafrases* y *anotaciones* que hizo Vernero sobre el primero de la *Geographia* de Ptolomeo.
11. *Astrolabio* de Población, y juntamente con él una *Arithmetica practica* de Oroncio.
12. *Cánones del astrolabio*, pequeños, de Aguilera.
13. *Fábrica de Reloxes* de Munster y con ella la *Geographia* de Henrico Glareano.
14. El *Chaos mathematicum* de Ioachino Porcia con otras obras suias.
15. Higinio y con él una *Arithmetica* de Silíceo.
15. La *Phisonomia* de Cocles con la *Quiromancia* de Diandro.
16. *Ephemerides* de Estoflerino.
17. *Almanack perpetuo*.
18. *Obras* de Joviano Pontano en cuatro cuerpos.
19. *Judiciaria* de Ciruelo.
20. *Descriptio Novi Orbis*.
21. *Radios astronomicos* de Gemma Frisio.
22. Las *Obras* de Tholomeo.
23. Vitruvio *De Architectura*.

Entre tanta ciencia como había llegado a reunir un jovencito de apenas veintiún años en torno a la astronomía, la geografía y la matemática, no deja de llamar la atención la ausencia de un nombre como el de Nicolás Copérnico con su trascendental *De revolutionibus orbium coelestium*, que no podía desconocer. Sin embargo, varios de los autores contenidos en esa sorprendente biblioteca estudiantil terminarían luego por ser amigos del humanista en Flandes o habrían de aparecer entre los sabios encomiados en las *Virorum doctorum de disciplinis benemetrentium effigies XLIII*, una colección de retratos con elogios en versos latinos que Montano publicó veinticuatro años después, en 1572, en las prensas antuerpienses de Cristóbal Plantino. Entre los personajes que aparecen en las *Effigies* están Pedro Apiano, Rodolfo Agrícola, el propio Gemma Frisius con

su hijo, Cornelius Gemma, o Guillaume Philandrier, editor del *De Architectura* de Vitruvio.

Una de las claves de esta colección poética de emblemas humanos es la ampliación del concepto de *disciplinae benemerentes* a las nuevas ciencias y técnicas que nacieron con el Renacimiento. Ya no sólo serían la gramática, la poesía, la filosofía o la retórica las que habrían de recibir la calificación de *Bonae Artes*, puesto que a su lado aparecen, por primera vez, la medicina, la geografía, la anatomía, la botánica y, por supuesto, la astronomía. La filología sigue siendo para la colección seña de identidad del humanismo; pero ahora no sólo se presenta como instrumento útil para el estudio de la Biblia o la poesía clásica, sino que se le atribuye la capacidad de hacer avanzar las nuevas ciencias. Y lo cierto es que no pocos de estos médicos, astrónomos, geógrafos o naturalistas, fueron también expertos filólogos y señalados humanistas, aunque representen conocimientos ajenos al mundo antiguo.

Entre los cuarenta y cuatro autores elogiados en los epigramas de las *Effigies*, se encuentran hasta cuatro médicos. No hay que olvidar al respecto que Montano se había iniciado en los estudios de medicina con Pedro Mena en la Universidad de Alcalá y que ahondó en estos conocimientos bajo la dirección de Francisco de Arce durante una estancia realizada en el pueblo extremeño de Llerena en 1559. El más antiguo entre los médicos que aparece en la obra es Pietro Andrea Mattioli (1501-1577), del que se encarece su traducción comentada de Discórides, con la que, según Montano, se abrió un nuevo camino a la botánica y a la medicina, pues Mattioli no se limitó a ejercer como filólogo, sino que añadió anotaciones y observaciones propias, así como láminas actualizadas de las plantas:

PIETRO ANDREA MATTIOLI, DE SIENA, MÉDICO  
La parte descuidada por los médicos con delito funesto  
y los hermosos dones de la abigarrada naturaleza,  
mientras Andreas recorre los campos e investiga por doquier,  
arrojó luz sobre los escritos apolíneos.<sup>9</sup>

En el caso de Gilbertus Limburgius (1504-1567) también se subraya la observación directa de la naturaleza, en concreto con el estudio de las aguas de Spa, cuyas propiedades terapéuticas analizó en el libro *De acidis fontibus sylvae Arduennae, praesertim eo qui in Spa visitur libellus* (1530):

<sup>9</sup> «PETRVS ANDREAS MATTHIOLVS, SENENSIS, MEDICVS. Neglectam medicis damno crimine partem / naturae pulchra et munera multiplicis, / Andreas dum lustrat agros, dumque undique quaerit, / admovit chartis lumen Apollineis». Benito Arias Montano, *Virorum doctorum de disciplinis benemerentium effigies XLIII*, eds. L. Gómez Canseco y F. Navarro Antolín, Huelva: Universidad de Córdoba / Universidad de Huelva / Universidad de Sevilla, 2005, pág. 188. Se trata del *Di Pedacio Dioscoride Anazarbeo libri cinque* (1554), que se publicó, a su vez, en latín el mismo año como *Commentarium in sex libros Pedacii Dioscorides*.

GILBERT DE LYMBORCH, MÉDICO DE LIEJA

Dicen que el médico Limburgo se hizo asimismo acreedor  
a un papel notable entre los coros apolíneos.  
Él explica y enseña, el primero, cómo se gestan los milagros  
a partir de las aguas ferruginosas de Spa.<sup>10</sup>

Lo mismo ocurre con Andreas Vesalio (1514-1564), del que se asegura que «*medicis auxit, pictoribus auxit et artem*» y «*subit internas quae latuere vias*», es decir, que auxilió simultáneamente al arte de los médicos y los pintores con los grabados anatómicos de su *De humani corporis fabrica* (1543), donde reprodujo esas «vías internas» del cuerpo humano a las que alude el poema y que no fueron conocidas hasta sus disecciones de cadáveres:

ANDREAS VESALIO, DE BRUSELAS,

príncipe, sin duda, de los anatomistas  
Para diseccionar los miembros del cuerpo humano,  
nadie ha habido más docto que Vesalio.  
Engrandeció las artes de la medicina y de la pintura,  
adentrándose por vías internas que estaban ocultas.<sup>11</sup>

El último de los médicos que comparece es un amigo personal de Montano, el botánico flamenco Rembert Dodoens (1517-1585), que lo acogió varias veces en su casa de Malinas:

ROMBERTUS DODONAEUS, DE MALINAS

Soy testigo, Romberto, de la valía de tus costumbres y de tu fe;  
sí, yo, que disfruté muchas veces de tu hospitalidad.  
Cuál sea tu valía como médico, lo dirá Malinas; y los jardines  
que construyes, cuánto vales en botánicas; y tus libros.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> «GILBERTVS LIMBURGIVS, MEDICVS LEODIENSIS. Fertur item partes medicus Limburgus honestas / inter Apollineos promeruisse choros. / Is ferrugineis Aspae miracula ab undis / ut constant, primus disserit atque docet». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 176.

<sup>11</sup> «ANDREAS VESALIVS, BRUXELLENSIS, ANATOMICORVM FACILE PRINCEPS. Corporis humani qui membra minuta secaret, / Vesalio nullus doctior extiterat. / Hic medicis auxit, pictoribus auxit et artem, / dum subit internas quae latuere vias». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 162.

<sup>12</sup> «ROMBERTVS DODONAEVS, MECHLINIENSIS. Moribus et fide te testor, Romberte, valere, / usus nempe tuis saepius hospitiiis. / Quid medicus valeas, Mechlinia dicet et horti / quos struis, in plantis quantus es, atque libri». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 166. Dodoens publicó varios tratados botánicos antes de que salieran las *Effigies* en 1572, como *De frugum historia* (1552), el herbario *Cruydeboek* (1554), *Historia frumentorum, leguminum, palustrium et aquatiliu herbarum* (1566) o *Florum et coronarium odoratorumque nonnullarum herbarum historia* (1568).

La geografía moderna y práctica aparece de la mano de Abraham Ortelio (1527-1598) y su *Theatrum orbis terrarum*<sup>13</sup>, mientras que la cosmografía y la astronomía tienen sus representantes en Petrus Apianus (1495-1552), Gemma Frisius y su hijo Cornelius Gemma. A Apiano se le presenta bajo la comparación de una laboriosa abeja que había sabido reunir sus conocimientos del cielo y la tierra en tratados como la *Cosmographia* (1524) o el *Astronomicon Caesareum* (1540), donde se recogían observaciones astronómicas, como la del cometa de Halley en 1531:

PETRUS APIANUS, DE LEISNIG

Como la abeja liba puros jugos gustando todos los cálices  
de las flores y guarda la ambrosía en sus panales,  
así recogías tú en el cielo, así en la tierra, Apiano,  
las mejores cosas que podías guardar en los libros.<sup>14</sup>

En Regnier Gemma Frisius (1508-1555) se alaba la capacidad de encerrar el curso de los astros en una breve obra que los hacía caber en bibliotecas privadas, como la del propio Montano, que ya en 1548 tenía entre sus libros el *De radio astronomico et geometrico liber* de Gemma (1545):

GEMMA FRISIUS, DE DOKKUM

El curso de los astros y las estrellas que tachonan el cielo Gemma  
los ocultó en las mansiones privadas de los hombres.  
El mismo Gemma, en cambio, puso a la vista tierras, mares, todo.  
Encerró, en fin, tan vasto mundo en breve obra.<sup>15</sup>

---

<sup>13</sup> «ABRAHAM ORTELIUS, ANTWERPIENSE. Cuando pones ante sus ojos el orbe, Ortelio, / ¡cómo deleitan a los hombres los *Teatros* que construyes! / La obra es hermosa; todos la aplauden. Mas quienes conocen y saben / tu virtud, aplauden con más entusiasmo al artista». «ABRAHAMVS ORTELIVS, ANTVERPIANVS. Orteli dum proponis spectantibus orbem, / quam tua delectant structa Theatra homines! / Pulchrum opus est, plaudunt omnes; sed queis tua virtus / nota patet, plaudunt laetius artifici». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 168.

<sup>14</sup> «PETRVS APIANVS, LEYSNICZENSIS. Vt puros florum succos summa omnia gustans / carpit apes, cellis condit et ambrosiam; / sic coelo tu, sic terris, Apiane, legebas / condere quae posses optima quaeque libris». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 190.

<sup>15</sup> «GEMMA PHRISIVS, DOCKVMENSIS. Cursus astrorum variantia et sidera Gemma / privatis hominum condidit in domibus. / Subiicit idem oculis terras, maria, omnia; mundum / in breve tam vastum denique cogit opus». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 172. Gemma Frisius, además, llevó a cabo una edición corregida y aumentada de la *Cosmographia* de Apiano (1529) y compuso el tratado *De principiis astronomiae et cosmographiae deque usu globi cosmographici* (1548).



El epigrama dedicado a Cornelius Gemma (1535-1579) no era ajeno a la iconografía puesta de moda por el *Sueño de Escipión*. Gemma padre se encamina al cielo y señala a su hijo el camino de la virtud y de la ciencia:

CORNELIUS GEMMA, DE LOVAINA

Dijo Gemma a su hijo Gemma: «Sé tú  
el primer heredero de mi virtud.

Yo ya conozco el cielo, y a él me encamino. Vive tú;  
adelante, conoce la naturaleza entera. Adiós».<sup>16</sup>

Buena parte de las intenciones que guiaron a Benito Arias Montano a la hora de componer los elogios de las *Virorum doctorum de disciplinis benemetrentium effigies XLIII* quedaron apuntados de manera alegórica en la portada de la colección. En el centro de la imagen, dos figuras femeninas despliegan una cartela en la que puede leerse «Sapientiae hominum cultrici p.», es decir, «Dedicado a la Sabiduría, cultivadora de los hombres». Las alas y las trompetas que sostiene la figura de la derecha la identifican como la Fama, mientras que el aro que cuelga en la mano derecha de la otra figura remite a la Eternidad y al *ouroboros*, como símbolo del tiempo que vuelve sobre sí mismo. La Fama se asienta sobre una roca, en alusión a la firmeza de sus razones y a su valor terrenal, mientras dirige su mirada al lector. Por el contrario, la Eternidad se sostiene sobre una esfera celeste y eleva su mirada a los cielos. En la misma simbología insisten las construcciones del fondo, pues si el arco representa el triunfo terrenal y la gloria humana, el obelisco, conforme a la iconografía egipcia, entonces tan de moda entre los neoplatónicos, alude la sabiduría celeste y a los conocimientos astronómicos que tanto interesaron a Benito Arias Montano.

El problema consistía en que todos estos hombres de ciencia fueron también creyentes y sufrieron la contradicción de poner en pie por medio de sus razonamientos y de los estudios empíricos verdades que terminaban por destruir no pocos de los fundamentos de su fe. Ya no bastaba con cerrar los ojos y optar por una doble verdad que, a la postre, resultaba insatisfactoria. La solución no fue fácil y, con frecuencia, resultó casi trágica. Un ejemplo perfecto de ese conflicto, que sufrió el propio Montano, se encuentra en las polémicas en torno al heliocentrismo defendido por Nicolás Copérnico. Arias Montano parece haber conocido y aceptado la existencia, propuesta por Copérnico, de círculos excén-

<sup>16</sup> «CORNELIVS GEMMA LOVANENSIS. Dixit Gemma suo Gemmae quem protulit: "Haeres / esto virtutis proximus ipse meae. / Ipse ego iam novi, notum peto et aethera; vive, / naturamque omnem noscere perge. Vale"». Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2005, pág. 174. Cornelius Gemma obtuvo una cátedra de Medicina en la Universidad de Lovaina en 1569, entre otras cosas, gracias a la intervención de Arias Montano ante el duque de Alba.



tricos y concéntricos en el orden del universo, sin embargo condenó sin paliativos el sistema heliocéntrico. Las razones para hacerlo las encontró en el apego a la literalidad del texto bíblico considerado como palabra expresa de Dios. Ante la colisión entre las Sagradas Escrituras y la teoría astronómica, sólo cabía anteponer la revelación a la ciencia, a pesar de ser ésta una verdad no demostrable. Y así lo hizo en su *Historia de la Naturaleza*:

La tierra permanece fija e inmóvil en su lugar, en el que le fue ordenado mantenerse por la palabra de Dios, como ya dijimos. Por eso se dice que es escabel de los pies de Dios, para destacar la inmovilidad, quietud y firmeza de la naturaleza divina. Pues con los pies firmes, se dice que todo el cuerpo

está inmóvil, no porque el cuerpo se pegue a Dios, como ya sabemos, sino porque una imagen de este tipo se emplea cómodamente en la conversación humana incluso en las cosas divinas. «No juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios, ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies» (Mt. 5, 34). Así pues, del mismo modo que las demás cosas se mueven por la virtud y eficiencia divina, así también la tierra permanece inmóvil dominada por el inmóvil Dios.<sup>17</sup>

Arias Montano antepuso sus firmes creencias en la verdad revelada a sus conocimientos de la nueva ciencia; de ahí que su *Historia de la Naturaleza* se construya sobre la única base documental del texto bíblico. Como ha explicado Juan Luis Suárez: «La sabiduría verdadera es la que concede la revelación divina mediante la Biblia, que se convierte así en el criterio último de autoridad y en la fuente máxima de verdad para el humanista cristiano. Conocer la Biblia mediante las adecuadas técnicas de crítica textual, de las lenguas originales y de la hermenéutica supone avanzar un paso en el nivel del conocimiento que

<sup>17</sup> Benito Arias Montano, *Historia de la Naturaleza*, ed. F. Navarro Antolín, Huelva: Universidad de Huelva, 2002, págs. 194-95.

se alcanza mediante la filosofía»<sup>18</sup>. Ese conflicto entre la palabra de Dios y el conocimiento humano se resuelve en una máxima que aparece dos veces en el texto bíblico, una en el Salmo 110, 10 y otra en el libro del *Eclesiástico* 1, 16: «Initium sapientiae timor Domini», ‘el comienzo de la sabiduría es el temor de Dios’. En el *Dictatum Christianum*, el catecismo que Arias Montano publicó en 1575, el temor de Dios se convierte en la raíz de todo su pensamiento religioso. El verdadero cristiano, sabio o necio, ha de buscar la simplicidad, ha de tener por guía única la palabra de Dios y atenerse a ella no sólo en su comportamiento moral, sino también en sus saberes.

Esta forma de pensamiento arraigó también entre sus discípulos, pues Pedro de Valencia, después de haber disertado sobre los modos de conocimiento científico en sus *Academica*, renuncia de repente al conocimiento humano y a su propia razón, para someterse a la sabiduría divina, tal como recomendaba san Pablo en su epístola a los corintios:

Pero, sea esto lo que fuere, entre tanto me doy cuenta de que los griegos y todos los sabios de este mundo, que han buscado afanosamente y se han prometido para sí y los demás una sabiduría, pese a sus esfuerzos nunca fueron capaces de encontrarla ni de comunicarla. El que sienta conmigo que le falta la verdadera sabiduría, que no la busque en esta filosofía humana, sino que se la pida a Dios que la da a todos con generosidad, y a nadie echa en cara. Si alguien piensa que es sabio en este mundo, hágase necio para ser sabio, pues Dios, que escondió la verdadera sabiduría a los amantes de la falsa sabiduría, la revela a los pequeños. A Dios, único sabio, toda la alabanza por medio de Jesucristo. Amén.<sup>19</sup>

Años más tarde, el 7 de diciembre de 1595, Valencia insistía en la misma doctrina en una carta dirigida al padre fray José de Sigüenza: «...ay sufficientemente de dottrina en la leche de la sagrada scrittura para satisfazer y hartar *ad sobrietatem* a los párvulos y que se contentan con saber hasta esto, y no *usque ad insaniam* [...]. Pero por ventura no son para esos soldadazos bravos y de grandes plumas y pettos fuertes ni el mismo Saúl por grande que sea, sino algún pastorcito que ni aun nombre de soldado no tenga y que sin saberse dél ni de su valentía, él a solas desquixara leones y ahoga ossos»<sup>20</sup>. Y el propio padre Sigüenza, discípulo también de Montano en sus años escorialenses, no dudó en

<sup>18</sup> «Retórica, ética y pedagogía en Arias Montano. Una aproximación a la filosofía del humanismo», *Revista de Estudios Extremeños*, 52 (1996), pág. 1089.

<sup>19</sup> Pedro de Valencia, *op. cit.*, págs. 241-43.

<sup>20</sup> Guillermo Antolín, «Cartas de Pedro de Valencia al P. José de Sigüenza», *La Ciudad de Dios*, 41 (1896), pág. 494.

rechazar la sabiduría humana y presentar su *Historia del Rey de Reyes* como simple eco de la voz de Dios: «Echemos de las manos tanta infinidad de libros vanos, que sólo nos cuentan sus opiniones [...], oigamos a Dios cómo nos habla, lo que nos quiere decir en este libro, lo que nos quiso descubrir de sí mismo y consideremos que no le escribió para otra cosa sino sólo para alumbrar a los hombres y enseñarles cuanto podían desear, entender y saber»<sup>21</sup>. Se trataba de gentes sabias e instruidas en la ciencia más avanzada, que, sin embargo, renunciaron a sus propios conocimientos humanos para aceptar sin más los preceptos divinos. Pero no ha de sorprender, cuando en el mismo Descartes latía aún ese conflicto entre ciencia y religión, y sorprendentemente dedicó su *Discurso del método* nada menos que a la Virgen de Loreto.

Entre otros muchos ejemplos de esa renuncia a la ciencia, encontramos uno en materia de geografía en el prefacio al *Phaleg, sive De gentium sedibus primis orbisque terrae situ*, el cuarto de los tratados que conforman el tomo octavo de la Biblia Políglota impresa por Plantino en 1571 y que se conoció como *Apparatus Biblicus*. De ese prefacio se anuncia que «En él se expone la utilidad que se obtiene de la lectura de los libros sagrados y el fundamento de la geografía y su interés», y, de hecho, inmediatamente Montano rechaza la autoridad de los grandes geógrafos de la Antigüedad para atenerse a las palabras dictadas por el Espíritu Santo y conservadas en el Antiguo Testamento:

Es más, podemos mostrar por la Sagrada Escritura que aquella tierra fue muy conocida para los israelitas, pues se sabe que ellos se dirigieron navegando hacia ella con cierta frecuencia. Estrabón, o Mela, Stephanus, Solino, Ptolomeo y otros, o Platón y Aristóteles que escribieron de manera confusa y como en enigma sobre lugares que no conocían, y aquellos poetas que para que no pareciera que desconocían algún lugar, sembraban todos con sus fábulas, en fin, ninguno de los escritores griegos y latinos cuyos escritos llegaran hasta nuestra época, hizo alguno que si se examina cómo es, se pueda comparar con la descripción clarísima que hizo Moisés de la tierra de Ophir, o la que el profeta Jonatán, escritor de historia, hizo con abundancia de detalles y exactitud de los reyes de Judea, o con aquellos que han sido escritos con palabras selectas a partir de quien escribió los Paralipómenos al dictado del Espíritu Santo.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Fray José de Sigüenza, *Historia del rey de Reyes y Señor de los Señores*, ed. L. Villalba, El Escorial: Imprenta Helénica, 1912, II, pág. 24.

<sup>22</sup> «Quinimo et illud ex sacra Scriptura docere possumus, eam terram Israelitis fuisse notissimam: illos enim ad eam saepius navigatione contendisse constat. Sane neque Strabo, aut Mela, Stephanus, Solinus, Ptolomaeus et alii, aut Plato et Aristoteles, qui quidem obscure, ac veluti per aenigmata, de iis, quae sibi ignota erant, disseruerunt; aut poetae illi, qui ne quid ignorare viderentur, nihil fabulis non

La *Historia de la Naturaleza*, publicada póstumamente en 1601, es una sucesión de cesiones, que empieza por la propia metodología y aun la propia razón: «Llamamos razón de conocer, no la imagen de las cosas puestas en el ánimo del que las conoce, sino la sucesión de las mismas precisa y dispuesta en un orden recto, en el que las que son consideradas más sobresalientes, obtienen y merecen las primeras consideraciones... Por lo que decidimos en el ánimo seguir a la hora de escribir no la propia decisión, sino lo instituido y el ejemplo del mejor guía. Elegimos aquella forma de exponer que recibimos adquirida y transmitida por el primer escritor de la sagrada doctrina, es decir, deducir la discusión de la naturaleza desde los órdenes menores de las cosas hasta los superiores ininterrumpidamente, lo que a los sabios les pareció adecuadísimo para educar la inteligencia humana»<sup>23</sup>. Las consecuencias alcanzaban, entre otros ámbitos, a la botánica. Montano no podía abandonar su apego a la exégesis literal como fuente esencial del conocimiento, pero tampoco logró obviar por completo la existencia y la ciencia de sus amigos médicos y botánicos, a los que había elogiado en las *Effigies* de 1574:

Pues hemos tomado la decisión de seguir todas las cosas para los que se contentan con dirigir el dedo a las fuentes mismas, y dejar el tratamiento completo de esta disciplina a los que sean estudiosísimos y expertísimos. Y dignos de esta alabanza conocimos en Bélgica como maestros en nuestro tiempo a Rembertus Dodoneus, huésped nuestro que ya acabó sus días, y a Carolus Clussius, amigo amabilísimo, y, más jóvenes que aquellos, Mathias Lobel, cuyo conocimiento y experiencia en éste y todo tipo de naturaleza es muy valioso, Simón Tovar y Francisco Sánchez de Oropesa, médicos doctores bien merecidos y destacados sobre nosotros y sobre todo el grupo de estudiosos.<sup>24</sup>

Ni Rembert Dodoens, ni Charles de l'Escluse, ni Mathias L'Obel, ni los amigos sevillanos Simón Tovar o Francisco Sánchez Oropesa parecían tener ciencia sufi-

---

aspergebant suis; nullus denique ex Graecis, Latinisve scriptoribus, quorum scripta ad nostram usque pervenerunt aetatem, aliquid edidit, quod si quale tandem id sit, diligenter examinetur, comparari possit cum iis, quae Moses de terra Ophir apertissime scripsit, vel quae Ionathan propheta, eius, quae est de Regibus Iudae, scriptor historiae copiose et exacte tradidit; aut cum iis, quae ab eo qui Paralipomena Spiritu Sancto dictante scripsit, disertis sunt descripta verbis». Benito Arias Montano, *Phaleg, sive De gentium sedibus primis orbisque terrae situ*, en *Biblia Sacra hebraice, chaldaice, graece et latine*, t. VIII, Amberes: Cristóbal Plantino, 1571, pág. 2.

<sup>23</sup> Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2002, pág. 424.

<sup>24</sup> *Ibid.*, pág. 349.

cient<sup>25</sup>, y eso a pesar del famoso jardín botánico que Tovar reunió en su casa o incluso de las plantas y la información botánica que el propio Montano enviaba y recibía con frecuencia de Flandes<sup>26</sup>. El único aval para este sorprendente sistema de estudio estaba en la propia Biblia, pues, tal como se cuenta en el *Libro Primero de los Reyes* 5, 13, el rey Salomón, en su inmensa sabiduría, «disputavit super lignis, a cedro, quae est in Libano, usque ad hyssopum, quae egreditur de pariete; et disseruit de iumentis et volucris et reptilibus et piscibus», esto es, ‘habló sobre las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota en el muro; habló de los cuadrúpedos, de las aves, de los reptiles y los peces’. Al parecer, con eso era suficiente.

*La Historia de la Naturaleza o primera parte en el Cuerpo*, el último de los libros que Montano compuso, se abre con una excelente «Elegia votiva», que sirve de prefacio y argumento para el resto de la obra. El poema se presenta como una breve autobiografía de la indagación que el humanista había seguido, desde su juventud, en pos de la verdad. El sabio se para a mirar hacia atrás al final de su vida y recuerda, casi con vergüenza, los vanos esfuerzos del joven por ahondar en un conocimiento ajeno por completo a Dios. Tras una breve introducción, que anuncia en los dos primeros versos que la naturaleza será el objeto de su estudio, Arias Montano parece poner los ojos en el niño que fue y en su afán por conocer la astronomía y las matemáticas, tal como demuestran las enseñanzas paternas y los libros de sus años estudiantiles:

Aún mi vida los quince años no alcanzaba y ya decían  
de mí que no era ignorante de la naturaleza.  
Aprendí el movimiento de las estrellas y del cielo,  
las fases de la luna, y las épocas del desigual solsticio:

<sup>25</sup> Charles de l'Escluse (1526-1609) fue director del jardín botánico de Maximiliano II y catedrático de botánica en la Universidad de Leiden. Entre sus obras destaca su *Rariorum aliquot stirpium per Hispanias observatorum historia* (Amberes, 1601). Por su parte, el botánico francés Mathias L'Obel (1538-1616) compuso *Stirpium adversaria nova* (1570), *Plantarum seu stirpium historia, cui annexum est adversariorum volumen* (1576) y *Balsami, opobalsami, corpobalsami et xylobalsami cum suo cortia explanatio* (1598). Francisco Sánchez Oropesa y Simón Tovar ejercieron como médicos en Sevilla. Éste último fue autor de *Hispalensium Pharmacopoliorum recognitio* (1587), *De compositorum medicamentorum examine novum methodum* (1587) y *Examen y censura del modo de averiguar las alturas de las tierras por la altura de la estrella del Norte* (1595).

<sup>26</sup> El epistolario de Montano con Plantino da noticias de esos envíos, y el propio Clusius anota varias plantas que Arias Montano había recibido de América y que llegaron a sus manos por mediación del geógrafo Abraham Ortelio o incluso de Simón de Tovar: «Sed multis post annis, ab eruditissimo viro Simone de Tovar Medico Hispalensi, qui similem arborem in cultissimo suo horto, cum aliis exoticis stirpibus alit, non Mamay, sed Aguacate vocari edoctus sum». Carolus Clusius, *Rariorum Plantarum Historia*, Amberes: Juan Moreto, 1601, pág. 2.

cómo el doble día hacía que en todas las tierras las horas  
fueran iguales para la luz y para las tinieblas.  
Decir mucho del principio, del fin, y de los estados,  
así como de las formas, era para mí una diversión.

Entre los versos quince y veinte, el poeta hace su primera palinodia y muestra la conciencia de su error:

Sí que era diversión, ahora me doy cuenta, y del perjuicio  
de tanto tiempo perdido ahora me duelo y me lamento.  
Y me avergüenzo de la crítica y de la alabanza; pues ambas sufro,  
mientras persigo el renombre de sabio y su recompensa,  
mientras mis propias opiniones o los dictados de un maestro engreído  
en vano acompaño con clamoroso entusiasmo.

En una cuarta parte, que alcanza del verso veintiuno al treinta, se apela, desde la propia experiencia y desde el desengaño, a los otros hombres interesados en el conocimiento para que huyan de los caminos errados: «Os aviso a quienes gustáis de la ciencia de la verdad pura / y os place poder pisar en suelo firme: / ¡ay!, no malgastéis la breve duración de vuestra vida / ni sigáis las inciertas sendas de los hombres». Como argumento demostrativo de esta advertencia, Montano enumera hasta el verso cincuenta y dos la diversidad y contradicciones de las filosofías humanas sobre la naturaleza. Alguno de esos filósofos naturales afirma que «el azar separó los primeros elementos de las cosas, / que luego se volverán a juntar de azarosas maneras. / Éste halla una materia primigenia, y aquél inventa una segunda». Otro de esos científicos imagina un Caos primigenio, y discute con los que le rebaten la posibilidad de «exista algo que antes era nada». Otros, sigue Montano, defienden el agua o el fuego como materia primigenia, mientras que los seguidores de Aristóteles señalan la Privación o *steresis* como origen del mundo. Por último, parecen triunfar los defensores de los cuatro elementos primarios como base de la creación, aunque nunca lleguen a ponerse de acuerdo en la medida de sus proporciones, quedando todo, al final, en mera palabrería sin sentido:

Mientras tales cosas se inventan, y se empeñan y afanan por acuñar  
palabras huecas, nada producen sino palabras.

Arias Montano dedicó los diez versos siguientes a reiterar el riesgo de aferrarse a las opiniones de los hombres, que pasan velozmente y confunden con sus apariencias, apuntando que «tales peligros no sólo engañan y dañan nuestra mente, / sino que la vida humana adelanta su fin». E incluso recuerda su pro-



pio sufrimiento personal en busca de la verdad, como una suerte de segunda palinodia:

Yo mismo, más de una vez engañado, lamentábame muchas veces  
de estas cosas, y las trataba con mis buenos compañeros.  
Creyeron que no existía nada más dulce  
que mi dolor. Tal era mi triste consuelo.

Estos versos pudieran aludir a alguno de los procesos depresivos que Arias Montano sufrió a lo largo de su vida. La referencia a los «buenos compañeros» parece situarnos en sus años de estudiante en la Universidad de Alcalá, donde lo vimos —de acuerdo con su biblioteca— ocupado en el conocimiento de la naturaleza y donde vivió una de esas aflicciones de ánimo, provocada acaso por esa búsqueda de la verdad en las distintas filosofías y de la que se curó, según su propio testimonio, entonando el salmo décimo tercero: «Usquequo, Domine, oblivisceris me in finem?», ‘Hasta cuándo, Señor, me olvidarás? ¿Eternamente?’<sup>27</sup>.

Pero aquí el poema —y aun la vida del propio Benito Arias Montano— da un giro tremendo e inesperado. Tras una invocación a Dios como «maestro y guía de las almas / que gustan de la verdad sencilla y la piedad», el lector se topa, de buenas a primeras, con una detallada narración de lo que parece ser una experiencia mística. Esta visión se describe entre los versos setenta y uno y ciento dos. Cuenta Montano que Dios le apartó de los excesos de su propia razón: «Me impides y prohíbes dejarme llevar por mi ingenio, / y, siendo ya un adulto, me ordenas ser un niño»; y que, una vez sometido a la voluntad divina, le condujo «a los sacros atrios / de tu templo, que no puede hollar todo el mundo». En ese momento, el mismo Dios le habló, mientras contemplaba una suerte de pinturas vivientes:

Saca de aquí, niño, entérate, todo principio.  
Guárdate, niño, guárdate, de entregarte a las vanas palabras  
de los hombres y de fiarte de sus vanas promesas.  
Ésta es para ti la luz primera, esta la primera puerta que se abre a ti  
que andas buscando; aprende, niño, de aquí los rudimentos.

---

<sup>27</sup> En la *Carta dedicatoria del comentario al salmo xii*, Montano recuerda cómo, después de haber probado todos los remedios médicos posibles, su maestro fray Cipriano de la Huerga le recomendó entonar el salmo xiii (xii), que él mismo adaptó en castellano, curándole no sólo a él, sino a otros amigos aquejados del mismo mal. Cfr. Gaspar Morocho Gayo, «*Magnum illum vergensem Cyprianum Monachum, alium praeterea neminem...*»: Cipriano de la Huerga, maestro de Benito Arias Montano», en Cipriano de la Huerga, *Obras Completas*, vol. ix, León: Universidad de León, 1996, págs. 85-6.



Dios, pues, es el que ha de guiarnos, como niños, desde la oscuridad del raciocinio humano e individual hasta el conocimiento revelado, que se anuncia múltiple, poderoso e inagotable:

Y luego que, tras larga reflexión, ya estés en el primer atrio  
serás guiado por parajes más sagrados.  
De aquí vendrán sed y hambre de ver cosas más grandes,  
créelo ya, y obedece las órdenes que se te han dado.  
Pues si no desfalleces en tu fe, ni abandonas tu búsqueda,  
Dios mismo te dará pronto aquello con que puedas saciarte.

La elegía termina con una tercera palinodia que reitera el desengaño de la ciencia humana y con un voto final de esperanza en la generosidad de la sabiduría divina:

Desde entonces tengo en menos todo lo demás, cosas que nada valen;  
desde entonces el anhelo de Dios invade mi corazón.  
Así pues, Dios Padre, en tu bondad haz que se cumplan  
felizmente los votos para mí y para mi humilde rebaño.<sup>28</sup>

En este texto, Arias Montano narra su experiencia autobiográfica de la indagación en la ciencia en términos similares a los que utilizaron Juan Luis Vives en su *De disciplinis*, el Brocense en el *De nonnullis Porphyrii erroribus*, Francisco Sánchez en su *Quod nihil scitur* o el mismo Descartes en su *Discurso*. Se trata de una experiencia personal de conocimiento que termina siendo insatisfactoria. La diferencia consiste en la solución final: si Vives, Brozas, Sánchez o Descartes optaron por la razón individual, Montano renunció expresamente a ella en nombre de una revelación divina. Arias Montano, que estudió y conoció a fondo la filosofía antigua y la ciencia moderna, terminó por rechazarlas y resolvió el conflicto entre ciencia y religión por medio de una suerte de *docta ignorantia* poética a la que le conducen —literalmente— las palabras que Dios mismo pronunció. Se trata, al cabo, de una verdad completa y absoluta sólo alcanzable por medio de la gracia divina, que Montano aseguraba haber encontrado en la revelación:

Que esto es tal vez novedoso e inusitado, pensarán nuestro filósofos, principalmente los griegos y estos que están imbuidos de las enseñanzas de los griegos; también a los teólogos éstos que afirman haber recibido de los griegos su conocimiento de la naturaleza, si no inusitado, al menos, pudiera

<sup>28</sup> Benito Arias Montano, *op. cit.*, 2002, págs. 97-9.

parecer raro, como me parecía alguna vez a mí, cuando aún no había entrado en el Santuario de Dios, hasta donde era preciso. Pero después fui enseñado gracias a Dios en cosas más numerosas, mayores y más verdaderas que las que me había tocado aprender de aquellos filósofos; lo cual había sido aceptado generosamente, sin envidia junto a discípulos, que no sabían cosas profundas, ni se dejaban llevar por su temperamento, sino que recababan del magisterio divino la verdad sencilla; nos pareció bien compartir la alabanza del maestro común y nos parecerá siempre perseverantemente seguros de nuestro intento de tener un juicio diferente entre los hombres, firmes y conscientes de nuestro espíritu y de nuestro interés y dedicación para con todos, y persuadidos del candor y de la caridad de nuestras mentes sencillas y sinceras.<sup>29</sup>

No es el único lugar a lo largo del libro en el que hace referencia al don de la revelación. En las páginas anteriores había recordado «los sagrados testimonios, que recibimos no hace mucho tiempo por don singular de Dios con el cuerpo fatigado, pero con el espíritu íntegro, firme en sí mismo y atento» o la «parte y razón de la naturaleza no indicada nunca en otros autores, observadores e indagadores de las cosas que me correspondió conocer por primera vez por don divino (como muchas otras) con la lectura y observación de las Sagradas Escrituras»<sup>30</sup>. Montano probablemente se refiriese en todos estos pasajes a la visión que él mismo había narrado en una oda *In Zachariae prophetae commentaria hymnus ex uoto*, recogida en sus *Commentaria in duodecim prophetas* y compuesta en septiembre de 1568:

Ya la mente arde en deseos de proclamar  
las causas de su gozo singular, y arrebatada  
en carros de fuego, mira a lo lejos y desea  
ser admitida en el apacible coro de los de arriba;

pues a mí (voy a cantar la verdad), lejos del pueblo  
en escarpadas colinas, cuando huía de las frívolas  
ocupaciones y abordaba con desvelo  
y curiosidad incesante los libros arcanos,

Dios, tirándose de la oreja, me aconsejó durante la noche,  
cuando separa con su voluntad la hoz de las tinieblas,  
la libera benévolo de las sombras y devuelve  
al día las formas visibles

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, págs. 523-24.

<sup>30</sup> *Ibid.*, págs. 263 y 396.

Entonces me ordena descubrir y alabar los dones  
admirables de su sagrado designio guardados  
en las antiguas páginas, para que sirvan de provecho  
y solaz abundante a los mortales;

como cuando en las colinas de Dotán mostró  
al agitado joven las tropas numerosas de soldados  
y jinetes, veloz auxilio enviado  
al anciano profeta

o cuando en la alta cumbre del Tabor  
a los atemorizados discípulos ofreció sin embargo  
la gloria espléndida de su hijo y la admirable  
aparición de su reino en una fugaz visión.<sup>31</sup>

Arias Montano compara su experiencia mística nada menos que con Eliseo y su visión en el monte Dotán (*II Reyes* 6, 15-17) o con la transfiguración a la que asistieron Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor (*Mt* 17, 1.9; *Mc* 9, 1-8; *Lc* 9, 28-36), y marca ese punto biográfico como el comienzo de una nueva y definitiva sabiduría, ajena por completo a los inútiles esfuerzos de la razón humana. Muchos años después, en 1592, fray José de Sigüenza recordaba ante los inquisidores cómo el propio Montano aseguraba que había recibido su conocimiento por revelación especial, remitiendo a esta misma oda: «En lo de haberle revelado su santa Escritura en una noche, no he afirmado más que lo que él dice en una oda al principio de los comentarios sobre Zacarías, donde apunta algo de esta merced que nuestro Señor le ha hecho». Incluso uno de los testigos del proceso contra el padre Sigüenza, fray Cristóbal de Zafra, afirmaba haber oído afirmar al propio Benito Arias Montano que «muchas cosas de las que él sabía no las podía saber por estudio y trabajo, sino por revelación»<sup>32</sup>. Pero éste es sólo un episodio más del permanente conflicto en el que vivieron ciencia y religión durante siglos, y que Arias Montano quiso, si no resolver, al menos aliviar en su persona, por medio de la poesía, en textos como los epigramas de las *Effigies*, la «Elegia votiva» de la *Historia de la Naturaleza* o la oda al profeta Zacarías.

<sup>31</sup> Guadalupe Marín Mellado, *Las Odae Variae de Benito Arias Montano. Introducción, edición crítica, traducción anotada e índices*, edición digital, Cádiz: Universidad de Cádiz, 1999, págs. 71-3.

<sup>32</sup> Cfr. *Proceso inquisitorial del padre Sigüenza*, ed. G. de Andrés, Madrid: FUE, 1975, págs. 117 y 137.

